

Mirar nuestra realidad: ¿qué está pasando con la iniciación cristiana aquí?

12. En no pocas comunidades persiste una comprensión reduccionista de la catequesis, centrada en la transmisión unidireccional de contenidos y sostenida por esquemas doctrinales o meramente sacramentales. Esta visión no es acorde con el llamado a una catequesis mistagógica, vivencial y transformadora, donde cada persona espera ser acompañada desde su historia concreta. Existe la urgencia de reorientar la pastoral catequética de la lógica sacramentalista a la lógica iniciática, en clave de discipulado. La catequesis nace del encuentro con la persona de Jesucristo y del discernimiento personal y comunitario; no de la mera acumulación de saberes religiosos ni de la simple socialización de prácticas que no transforman la vida de las personas. Como señalan las conclusiones del Documento de Aparecida, esto da lugar a una forma distorsionada de “la fe católica reducida a bagaje, a elenco de algunas normas y prohibiciones, a prácticas de devoción fragmentadas, a adhesiones selectivas y parciales de las verdades de la fe, a una participación ocasional en algunos sacramentos, a la repetición de principios doctrinales, a moralismos blandos o crispados que no convierten la vida de los bautizados” (DA 12).

13. Con este modo de pensar y de actuar, se mantiene el modelo de iniciación centrado exclusivamente en la infancia, como si el camino de la fe tuviera lugar únicamente en la niñez. En realidad, la iniciación cristiana es un proceso vital que debe ser vivido también por jóvenes y adultos, en contextos y etapas diversas. Sin desconocer y abandonar a los niños, el catecumenado de adultos y los itinerarios de inspiración catecumenal para adultos deben ocupar un lugar central en la acción pastoral, porque son el modelo y fuente de inspiración de las otras situaciones de iniciación cristiana. Esto reclama también una revisión y valoración de la pastoral del bautismo de niños, en perspectiva catecumenal, considerando al adulto centro del proceso de acompañamiento en el camino de conversión, para que, en su crecimiento, ambos se hagan sujetos del caminar personal en la fe, al interior de una comunidad. Igualmente, la catequesis de preparación para el sacramento del Matrimonio, si se ofrece desde la perspectiva catecumenal, ayuda a la pareja a recorrer de nuevo —de modo mistagógico— las etapas de la iniciación cristiana.

17. Necesitamos repensar nuestras comprensiones fundamentales:

- ¿Qué entendemos por catequesis? ¿Instrucción o camino de transformación?
- ¿Qué entendemos por iniciación cristiana? ¿Sumatoria de temas y lecciones o acompañamiento gradual de un proceso de conversión integral?
- ¿Qué entendemos por Iglesia? ¿Institución o Pueblo de Dios en salida?
- ¿Qué entendemos por parroquia? ¿Despacho sacramental o comunidad evangelizadora?
- ¿Qué entendemos por espiritualidad? ¿Devoción aislada o comunión con Dios, con los otros y con la creación?

Responder con verdad y valentía a estas preguntas nos abre al horizonte de una Iglesia sinodal, profética y misionera. El reto que enfrentamos es que la iniciación cristiana forme a todos, en la Iglesia y en la sociedad, como sujetos eclesiales y misioneros. “La sinodalidad expresa la condición de sujeto que le corresponde a toda la Iglesia y a todos en la Iglesia. Los creyentes son compañeros de camino, llamados a ser sujetos activos en cuanto participantes del único sacerdocio de Cristo. La vida sinodal es testimonio de una Iglesia constituida por sujetos libres y diversos, unidos entre ellos en comunión, que se manifiesta en forma dinámica como un solo sujeto comunitario” (Comisión teológica internacional. La sinodalidad en la vida y en la misión de la Iglesia, 2018, n. 55).